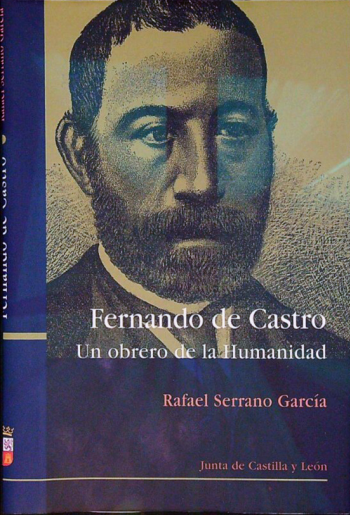




INSTITUTO DE INVESTIGACIONES Y DOCUMENTACIÓN
UNIVERSIDAD DE CASTILLA Y LEÓN

Fernando de Castro

Un obrero de la Humanidad

Rafael Serrano García



Junta de Castilla y León

RAFAEL SERRANO GARCÍA



Fernando de Castro

FERNANDO DE CASTRO
(1814-1874)

Un obrero de la Humanidad

JUNTA DE CASTILLA Y LEÓN
Consejería de Cultura y Turismo
2010

PRÓLOGO

Fernando de Castro (Sahagún, León, 1814), es una de las figuras más genuinas de la lucha por la libertad religiosa en España, y su entierro civil, celebrado el día 6 de mayo de 1874, dejó una profunda huella en la conciencia liberal y librepensadora, aunque quizás el aspecto de su vida por el que es más recordado en la época presente radica en su papel pionero en la educación de la mujer, plasmado a través de diversas iniciativas que puso en marcha mientras era rector de la Universidad de Madrid. Sin embargo, la vida de Castro ofrece otras variadas facetas, tales como la de ser un clérigo que pasó por etapas muy contrastadas, por no decir contradictorias, hasta que tomó la decisión de abandonar sus funciones sacerdotales, en 1870; su dedicación profesional, como catedrático de la Universidad madrileña, a la historia general y a la filosofía de la historia, siendo autor de un muy estimable *Compendio de la disciplina*; su perfil de educador o su entrega a causas humanitarias diversas, que buscó concretar recurriendo a la vía asociativa o, en fin, el liderazgo del grupo krausista tras la muerte de Sanz del Río. Pues bien, esa pluralidad de facetas en la vida de Castro no digo que no haya sido atendida, pero no ha sido desarrollada a mi juicio de un modo equilibrado en las varias biografías modernas que sobre él se han publicado, desde 1970 para acá: las de Franco Díaz de Cerio, Máximo Carracedo Sancha (seguramente la más ponderada), y Ramón Chacón Godás. Este sería, pues, uno de los déficits que nos proponemos saldar, intentando verficarlo, además, recurriendo a una contextualización histórica más rica y compleja de la que se puede encontrar en los estudios anteriores en los que ha primado, por encima de todo, la preocupación por fijar la posición de Castro en relación con la Iglesia católica y su ortodoxia.

Es éste un aspecto central en la biografía del personaje, no se me pasa por la cabeza el discutirlo, pero, en mi opinión, no se ha abordado hasta aquí correctamente debido al prejuicio, que se remonta cuando menos a Díaz de Cerio, pero que han repetido los demás autores (y aquí habría que incluir a José Luis Abellán, un estudioso muy

importarse en los trabajos modernos sobre Castro), que supone el negar o rebajar su dimensión krausista, un enfoque a mi juicio erróneo que lleva a no valorar con acierto su evolución religiosa y su ruptura con la Iglesia católica, con el romanismo, para expresarlo con sus palabras. Tampoco la reducción de toda esta compleja evolución religiosa a la categoría del catolicismo liberal me parece satisfactoria, aun cuando Castro y otros prominentes miembros del grupo krausista pudieran identificarse durante una etapa de su vida con los planteamientos defendidos por Menéndez, Gatty, Dupanloup, entre otros. Desde mi punto de vista, si se acepta sin prejuicios que Castro asumió como propias, ya en la década de 1860, las tesis principales de la filosofía krausista, se volverán mucho más comprensibles las posiciones que adoptó en materia religiosa en su etapa de madurez, puesto que guardan claras similitudes con las de Salmerón, Giner o Azcarate, por no hablar de Sanz del Río. O con las de Tiberghien o Ahrens.

En el centro de estos enfoques poco acertados se situaría la tacha de *heterodoxo* que ha gravitado sobre él desde el famoso y malintencionado estudio juvenil de Menéndez Pelayo, y esto explicaría el deseo, por parte de sus biógrafos modernos, de reivindicarlo parcial o totalmente de una imputación que, dentro de la tradición cultural española, tan condicionada por la ortodoxia católica, ha revestido una especial gravedad. Sería el caso de Díaz de Cerezo que, aun deplorando los supuestos errores de Castro, reivindicaba ciertos aspectos de su pensamiento histórico a la luz del Concilio Vaticano II. O el de Abellán y Chacón Godás, que, remitiéndose asimismo a esta importante asamblea, le salvan de un modo más pleno, recurriendo a su encaje dentro del catolicismo liberal.

En la actualidad, y por fortuna, Castro ya no necesita ser salvado o reivindicado por haber adoptado una posición discrepante, y luego rupturista, con el catolicismo; por haberse situado en la heterodoxia, como atestigua claramente su *Memoria testamentaria*. Pero es que tampoco la legitimación a posteriori de sus posiciones y de las de otros cánones liberales por la orientación adoptada por el Concilio Vaticano II haría por fin justicia a Castro si se considera que, para un sector de la historiografía, dicha asamblea no fue "el Concilio de la apertura al mundo moderno, una puerta abierta a la 'modernización' de la Iglesia", pues esto se opondría al modelo integral de sociedad propugnado por dicha institución, una de cuyas notas más deliratorias y permanentes habría continuado siendo, a pesar de todo, la intransigencia respecto de la cultura moderna (que se sigue advirtiendo en los pronunciamientos de la Santa Sede sobre cuestiones que tienen que ver con la ética¹).

¹ La inferencia principal en este caso es POUJAT, E., *Eglise entre bourgeois*, introduction au devenir du catholicisme actuel, Paris, Ceramium, 1977, así como otras obras suyas. Aquí se toma la información sobre sus planteamientos de FOUILLON, E., "Iglesia

Quizás Castro, por sus posiciones en materia religiosa de la parte última de su vida, por las opciones que tomó en esa vertiente, constituya el ejemplo más claro de cómo, de la mano de filosofías como la krausista, el cristianismo empezaba a convertirse en España en la religión de la *serie de la religión*², justamente en una coyuntura, la del Sexenio Democrático, en la que una hispanista francesa, Yvonne Turin, razonando en un libro ya bastante antiguo sobre estas cuestiones, avanzó que la Revolución de 1868 y el impulso secularizador que trajo supusieron algo así como el final de la *Cristiandad* —en la acepción medieval del término—, en España³. Por todo ello no parece que no se debería, de cara a interpretar más correctamente la vertiente religiosa de Castro, cerrar los ojos sobre su krausismo, pues es esa clave filosófica la que nos permite entender mucho mejor, si la admitimos sin prejuicios o rebajas, no sólo su evolución en ese plano, sino también su pensamiento histórico. Pero también su dimensión pública, su creciente exposición al público en la última parte de su existencia, asumiendo toda una serie de causas humanitarias que cuadran muy bien con su caracterización (que hizo en su día Rafael María de Labra y que nosotros adoptamos en el título de este libro), como *obrero de la humanidad*.

Al iniciar este estudio se nos hizo patente la dificultad de escribir sobre una trayectoria vital y, más aún, sobre un grupo intelectual que ha sido muy transitado por la historiografía, como es el que formaron los primeros krausistas. Estudios tan sólidos y documentados como los de F. Jubit, V. Cacho Vix o M.^a Dolores Gómez Molleda, o recopilaciones documentales con un gran preámbulo de exhaustividad, como la realizada por Antonio Jiménez-Landi, mueven a veces al desaliento, en lo que respecta a poder decir algo novedoso o localizar alguna nueva veta documental, aun cuando investigaciones más recientes, como las emprendidas por E. M. Ureña, R. V. Orden Jiménez, Gonzalo Capellán⁴, entre otras, muestran que subsisten muchas cosas por aclarar y estudiar. Por otro lado, las biografías de Castro anteriores a ésta, a pesar de las discrepancias en el enfoque que hemos manifestado, han localizado y usado con bastante juicio la mayor parte de la documentación a la que nosotros también hemos acudido, aunque es cierto que quedaban, y quedan todavía, facetas no exploradas o que admitían biságrafas complementarias, que

católica y 'mundo moderno' (siglos XIX y XX)", en Paul Aubert (ed.), *Religion y sociedad en España* (siglos XIX y XX), Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 77-88.

² GOUSSIER, M., *La déchristianisation du monde*, Paris, Gallimard, 2005, p. 197 y ss.

³ TURIN, Y., *La educación y el estudio en España de 1874 a 1902*, Madrid, Aguilar, 1967.

⁴ A quien agradeceré, así como a Marcelo Suárez Cortina, sus orientaciones y consejos, con ocasión de mis visitas a Salamanca.

nosotros hemos intentado hacer. En ese aspecto, la consulta de los fondos del Archivo de la Universidad Complutense, o la búsqueda más sistemática en el Archivo General de la Administración, o en los de la Academia de la Historia y el Palacio Real, nos han permitido matizar o enriquecer algunos aspectos de la vida de Castro. Una fuente que nos ha resultado muy útil para profundizar en el personaje es el misionero religioso e histórico del personaje ha sido el inventario de su biblioteca, localizado en el Archivo de Protocolos de Madrid, que hemos podido consultar con el conocimiento de los fondos catalogados que, donados por Castro, se conservan en la Universidad de Madrid y en la Biblioteca pública de León.

Hacer la biografía de un cura no resulta fácil, y más si se trata de un sacerdote virtuoso, como parece lo fue Castro. Así el hecho de no llevar una vida de familia o, simplemente, una vida seglar, nos priva de conocer muchas cosas que iluminarían muchos aspectos de su existencia. Es cierto que contamos con el inventario de sus bienes y con sus testamentos, y que éstos arrojan algunos indicios interesantes sobre su círculo de relaciones más íntimas, pero con todo no son comparables a la riqueza de informaciones que la documentación notarial producida por varones seglares de la posición social de Castro, en la época isabelina, arroja con frecuencia. Incluso el hecho mismo de su entorno material, de su ropa, de los muebles y objetos que le rodeaban en su casa de la calle de Legarín de los que muriera, el todo tan austero y sencillo, pero también plano, chato, carece de la riqueza de matices y de informaciones que seguramente habrían aflorado, en caso de que Castro hubiera llevado una vida conyugal, de pareja.

Su condición eclesástica, por otra parte, le impidió frecuentar espacios de socialidad masculina, obligados para los varones seglares de clase media, como los cafés o los casinos, lo que también nos habría dado informaciones suplementarias. La estabilidad económica que logró, sobre todo desde su nombramiento como capellán real, unido al hecho de no tener familia, determinaron a su vez que Castro no tuviera que prodigarse en una multiplicidad de ocupaciones, en un pluriempleo, como ocurre en otros personajes de la época. Con la particularidad suplementaria de que no parece le tentaron la literatura o el periodismo, aunque sí que cultivó, y con bastante éxito, el género de la oratoria, sagrada sobre todo, pero también patriótica. Entre la documentación más personal que ha subsistido, en fin, como la que se guarda en la Fundación que lleva su nombre, no se ha conservado su correspondencia, lo que sin duda nos habría permitido ahondar más en su biografía.

Es cierto, con todo, que sus estudios históricos revelan a un hombre muy interesado por la vida que desdise de la nota de místico que Acortín le puso, y que luego han repetido otros estudiosos. Y

que, si no en su existencia particular, bastante austera y despojada, se mostró muy comprensivo respecto de los gozos y aspiraciones de sus semejantes, también en la esfera de lo material. Porque la religiosidad del Castro más maduro se circunscribió a su esfera más íntima, a su conciencia, y exigió la plena realización de las virtualidades humanas en otras esferas o ámbitos de la vida. En cualquier modo, con estas consideraciones no pretendemos justificarnos, sino más bien lamentar el no haber sabido o podido penetrar más en la personalidad del clérigo de Sahagún.

Este estudio partió de un encargo hecho por Agustín García Simón, para la colección Villalar, que publica la Consejería de Cultura y Turismo de la Junta de Castilla y León. El apoyo y el interés de Agustín a lo largo de todo este tiempo ha sido fundamental para mí. Además, debo consignar que para realizarlo me he beneficiado de la concesión, por la Universidad de Valladolid, de un permiso sabático durante el curso 2007-2008, que me permitió dedicar un año entero al estudio del personaje, avanzar seriamente en pesquisas que tenía ya iniciadas y redactar una parte significativa del libro, que luego he completado a lo largo del año 2009. Durante ese permiso, además, realicé sendas estancias en París, en la Ecole de Hautes Études en Sciences Sociales, y en Florencia, en el European University Institute, que me permitieron profundizar en asuntos como el catolicismo liberal en sus vertientes tanto francesa como italiana. La ayuda de Bernard Vincent, de Bartolomé Yun, de Jordi Canal, fue clave para la concreción de dichas estancias. También la de Manuel Suárez Cortina, en el breve periodo que pasó en la Universidad de Cantabria. Con posterioridad, y gracias a la ayuda del Grupo de excelencia del que formo parte y que dirige Elena Maza y, sobre todo, a la invitación de B. Vincent, a volver durante un mes a la EHESS, pude realizar en París una exploración suplementaria, en la Bibliothèque Nationale y en la de Sainte-Geneviève, en la biblioteca que Castro manejó y que le influyó en su evolución religiosa y como historiador.

Son muchas las personas que me han ayudado, desde mi familia, mis compañeros de departamento, entre los que quiero mencionar a Maximiliano Barrio, a Ricardo Martín de la Guardia, a Conchita Marcos, a Jesús María Palomares, a Pedro Ortega, a amigos, como María Bolaños, Ramón Maruri o Mauricio Jalón, que, con su gran erudición me ayudaron a moverme por la biblioteca personal de Castro. Al personal de las bibliotecas de las facultades de Educación y Filosofía y Letras, en Valladolid. A Elena Hernández Sandoica, que, además de interesarse por esta biografía, me facilitó los contactos para poder acceder a algunos archivos. A Brunella Tagliarini, que, en Florencia, hizo que mi estancia allí fuera mucho más grata y cómoda. A Juan José Moreno Casanova y a Patricia Ferrer, de la Fundación Fernando de Castro, a Isabel

Palomera, del Archivo de la Universidad Complutense, a Everlia Vega del A.G.A., a Serge Noirret, de la Biblioteca del E.U.I. A Michel Ralle, que me invitó a hacer un seminario sobre Castro en la Universidad de París IV. A María Torres Santo Domingo y Alfredo Díez Escobar, que me facilitaron la relación de libros donados por Castro a la Biblioteca de la Complutense y a la Provincial, de León. A Soraya y María José González, que me buscaron libros que necesitaba. A Ángel de Prado, cuyas vicisitudes académicas, felizmente resueltas, gravitaron mucho sobre el proceso de elaboración de este texto. Y, en fin, a Carmen Masia, que, además de compartir la vida conmigo, se ha visto embarcada también en la preparación de otra biografía sobre un personaje con muchas similitudes con Castro, Pablo Montesino, lo que ha unificado muchas de nuestras búsquedas y motivado un debate casi cotidiano, que creo ha sido mutuamente beneficioso. Deseo agradecer, para concluir, a la Fundación Fernando de Castro, los retratos del biografiado que acompañan al libro.

1 PRIMERAS ETAPAS DE LA VIDA DE CASTRO. DE FRAILE FRANCISCANO A CAPELLÁN DE ISABEL II

INFANCIA Y JUVENTUD. FRAILE GILTO, RELIGIOSO ENCLAUSTRADO
Y PROFESOR EN EL SEMINARIO DE SAN FROILÁN DE LEÓN (1814-1843)

Fernando de Castro nació el 30 de mayo de 1814 en Sahagún, un pueblo leonés perteneciente a la vasta comarca de Tierra de Campos, donde radicaba un importante monasterio benedictino que había estado en el origen, precisamente, de la aparición de la villa. Fueron sus padres Manuel de Castro e Idefonsa Pajares, de condición noble el padre y plebeya la madre, pero, ambas, con escasos medios económicos. Tuvo cinco hermanos, siendo Fernando el menor de ellos. Pronto quedó huérfano, en 1826 y parece que su hermano José, que habitaba en Gajal de Campos, muy próximo a Sahagún, lo tomó a su cargo. En dicho pueblo, en el que había por entonces un convento de franciscanos descalzos, viviría hasta 1829. Precisamente a esta orden, en su variante reformada de los gilts, que se caracterizaba por una austeridad extrema y, obviamente, por la descalcez, encaminaría sus pasos por decisión propia, una vez que su familia optó por que entrase en religión. Su elección vino determinada, como ya se ha dicho, por la línea de pobreza y austeridad de la orden, y por "conformarse más con las estrecheces y sufrimientos del Pueblo, al que me inclinaba por instinto", una declaración que sugiere que Castro participaba de algún modo de la cultura política republicana cuando escribió su *Memoria testamentaria*, a la que pertenece esta confesión¹. El convento escogido fue el de San Diego, en la ciudad de Valladolid². Hay que tener en

¹ Castro, F. de, *Memoria testamentaria. El problema del catolicismo liberal*, edic., introducc. y notas de José Luis Abellán, Madrid, Castalia, 1973, p. 85.

² Dicho convento, anexo al palacio real, y fundado por el duque de Lerma en 1601, fue destruido hacia finales del siglo xvi, después de pasar a manos del ministerio de la guerra. Hubo más, tras la desamortización, después de libros recogidos en los conventos desamortizados, escuela de párvulos y escuela normal de maestras.